

(p. 54); δίκαιοφν (p. 82); γάρανδρὸς (p. 124); οὕτωςί (p. 199); λεγομενων (p. 220) y γραδσκαί (p. 264). En p. 189 se omite la letra *c* al inicio de la sección (con un 15 en la numeración marginal de p. 191) y hay a veces desajustes en las referencias del app. crit. y el texto (cf. e.g., p. 77). En la traducción: si... te haga (p. 28); se repite texto en el paso de p. 31 a p. 32; de-sean (p. 39); vergonzosa por vergonzoso (p. 103); atribución errónea a Calicles en p. 153 e7; entoces (p. 212); también (p. 215); practicar (p. 225); hubieram (p. 232) y casua (p. 257).

Cierran este exhaustivo trabajo 8 apéndices con diversos índices, una selección de textos del aparato de fuentes y algunas cuestiones textuales más.

LUIS ALFONSO LLERA FUEYO

APOLONIO DE RODAS, *Las Argonáuticas*, edición de Manuel Pérez López, Madrid, Akal/Clásica 22, 1991, 393 pp.

Tras el inicial «Cuadro cronológico» (pp. 7-8), habitual en la traducción de Clásicos Griegos de la Colección Akal, la Introducción, en términos generales clara y bien redactada, se articula en seis apartados. En I («Apolonio de Rodas. Su vida y su obra»: pp. 9-12) se pasa revista a las fuentes antiguas sobre el poeta y, de acuerdo con Vian, se propone el sistema cronológico más probable de la vida de Apolonio. En II («La nueva perspectiva literaria. Las relaciones con Calímaco»: pp. 12-19) Pérez López se muestra cauto ante los contenidos literarios de la supuesta querrela entre ambos poetas (sin duda le habría sido muy útil consultar aquí los diferentes trabajos de M. R. Lefkowitz) y juiciosamente entiende que «Apolonio coincidía mucho más con los puntos de vista de Calímaco de lo que pudiera parecer por el simple hecho de ser cultivador de la épica y autor de un poema relativamente extenso» (p. 16); sin embargo, se adhiere incomprensiblemente en toda su exposición del ideario calimaqueo y de las concepciones literarias del Primer Helenismo a las ya trasnochadas tesis de Pfeiffer, en el sentido de que el Helenismo como movimiento literario fue rupturista con la literatura inmediatamente anterior. Así expresiones muy pfeifferianas aquí repetidas por el editor deberían, a nuestro juicio, ser convenientemente matizadas, atendiendo a una bibliografía más actualizada, pues no puede hablarse hoy día sin más de esa «sensación de agotamiento» (p. 13) en la literatura del siglo IV, ni de que la poesía se hallaba «ante un momento difícil» (*ibid.*), ni —en fin— de que Calímaco y Aristóteles sostenían «puntos de vista radicalmente enfrentados en el campo de la crítica literaria» (p. 15): en consecuencia con estos excesos pfeifferianos, se llega a la atrevida conclusión (p. 17) de que en *Las Argonáuticas* se aprecia un intento de compromiso entre el punto de vista aristotélico y el calimaqueo. En III («Las argonáuticas»: pp. 19-26) se abordan con brevedad el tema mítico, la originalidad del poeta en su tratamiento y los antecedentes literarios. En IV («La versión de Apolonio de Rodas»: pp. 26-42) son tratadas las siguientes cuestiones: 1) argumento y estruc-

tura, con quizá una descompensación en favor de la línea argumental (que no obstante se sigue con un buen comentario atento al entronque con la tradición literaria) y en detrimento de los aspectos propiamente estructurales, una asunto ciertamente espinoso que el editor despacha en un apresurado párrafo; 2) marco geográfico, escueto pero esclarecedor; 3) hombres y dioses, con interesantes apreciaciones sobre el proceso de humanización del héroe (desde este punto de vista está bien analizado el contraste entre Jasón y Heracles); y 4) algunos elementos literarios, donde se atiende al proceso de renovación de recursos tradicionales y, en concreto, homéricos.

Cierran la introducción los apartados dedicados a «Pervivencia» (pp. 43-45) y «Nuestra traducción» (pp. 45-48). La Bibliografía ofrecida en pp. 49-51 resulta quizá escasa, con ausencia de algunos títulos importantes en la bien nutrida bibliografía apoloniana (por ejemplo, resulta sorprendente que entre las ediciones y comentarios no se recoja una obra capital como los *Scholía vetera* de Wendel, máxime cuando no pocas interpretaciones de pasajes oscuros del poema parten de los escolios). También sorprende en ella la casi total falta de referencia a la bibliografía española, un apartado que deberíamos siempre de cuidar todos los filólogos patrios: las tesis de F. Piñero (1974), L. Cañigral (1988) o M. Valverde (1989); los trabajos de L. Gil (1971), C. García Gual (1971, 1981), A. Bravo (1983), o M. Valverde (1988, 1989). La obra concluye con un «Índice de nombres propios» (pp. 375-393), bien elaborado y un instrumento muy útil para el lector.

La traducción anotada que del poema nos presenta a continuación Pérez López quiere ser rítmica, pues el traductor modestamente pretende «transmitir, en lo posible, la cadencia del verso épico griego» (p. 47). No obstante, el problema de este tipo de versiones reside en dar con un verso castellano adecuado precisamente a los rigores del hexámetro griego, labor harto dificultosa y, las más de las veces, infructuosa: así el versículo ensayado, muy libre en el número de sílabas (versos largos uniformes de entre 16 y 20 sílabas) y en el lugar de los acentos (por tanto, sin marcar el ritmo a través de la repetición de un mismo pie de verso), pensamos que, más allá de su pintoresquismo en la versificación española, a duras penas logra reflejar la estructura métrica del hexámetro. Además, hechos accidentales como el formato de libro de bolsillo de la colección, que obliga a entrecortar continuamente los versos, complican sin necesidad la lectura.

El texto griego que ha servido de base a la traducción es el editado por F. Vian (*Les Belles Lettres*, París, 1974-81), sin duda el más recomendable por su respeto a la tradición manuscrita. En la traducción de algunos pasajes Pérez López demuestra acertadamente su conformidad con el sano conservadurismo defendido por Vian y otros filólogos (especialmente, Giangrande) al seguir el *textus receptus* frente a innecesarias conjeturas: así, por ejemplo, en I 593, III 310, IV 392, IV 657, IV 786, o IV 1379. A veces esta postura conservadora se sostiene atinadamente frente al propio Vian: en III 931 sigue con Giangrande el texto de los Mss. ἠμίπαπε βουλάς («gritóles *los designios* [de Hera]») frente al dativo βου-

λαῖς de Chrestien; en IV 1213 s. sigue la lección περαιήν / νῆσον («a la isla / de enfrente») de los Mss., defendida de nuevo por Giangrande, frente al νήσου corregido por Pfeiffer; en IV 1715 se prefiere la lección σκιόεντα («y un altar / de sombra abundante») de los Mss., según defiende Giangrande, frente a στιόεντα, conjeturado por Campbell; o en IV 1773 no se corrige con Fränkel en nominativo el genitivo ἀριστήων transmitido. Con todo, creemos que el traductor, desde esa misma postura conservadora exhibida en los pasajes citados, podría igualmente haber partido del *textus receptus* en algunos otros lugares, mejorando con ello los logros de su versión. A pesar del motivo homérico de la vejez de Licurgo, no vemos con Schneider y Vian razón de peso para alterar en I 166 el γηράσκουτ' de los Mss. (quien se hace viejo es Áleo y, por tanto, necesita de los cuidados de su hijo Licurgo). En I 1328 es preferible el acusativo κοίλην de los Mss. frente al κοίλης de Campbell y traducir «y a través del mar batía la hueca nave» en lugar de «saltando por fuera del curvo mar, bañó el casco de la nave». En III 263 se traduce la conjetura ἔθεσθε de Fränkel («¿Qué nostalgia de Grecia... creció en vuestra alma?»), que es una trivialidad: tal vez el pluscuamperfecto ἔεσθε de G, en sentido metafórico («os ha entrado»), dé mayor fuerza poética al pasaje, como sostiene Giangrande. En III 527 el infinitivo ἐλέσθαι da perfecto sentido («elegir una muerte terrible») y se hace innecesaria la conjetura ὀλέσθαι de Fränkel («sufrir una muerte terrible»), basada en un excesivo ζῆλος ὀμηρικός. En III 672 se traduce la corrección de Ardizzoni κρύψεν («y ésta entonces cubrió con sus manos sus mejillas»); sin embargo, Medea se comporta aquí como una viuda (véase, en los versos precedentes, el símil bien explícito al respecto) y por ello el δρύψεν transmitido («desgarró»), con su acción de duelo, no está fuera de lugar. En III 710 ἀσχάλωσα, concertado con Medea, es preferible al acus. -ώσαν de Fränkel, concertado con Calcíope. En III 1192 se traduce «el sol se ocultaba a lo lejos en la tierra oscura / por encima de las últimas cumbres de los Etiópes de occidente», siguiéndose innecesariamente la conjetura ἐσπερίων de Fränkel, que así califica a Αἰθιοπήων, frente al nom. ἐσπέριος de los Mss., atributo habitual de Helios. En III 1304 s. («un fuego abrasador envolvió / al héroe cual si un rayo lo alcanzara») se parte del texto corregido por Merkel ἀμφεπε... / βάλλεν, cuando el texto transmitido ἀμφί τε... / β. podría entenderse como una construcción de ἀμφιβάλλειν en tmesis y con acus. de persona. En IV 452 se traduce «una vez que la dejaron a ella en el templo de Ártemis», adoptándose la conjetura νηῶ de Fränkel frente al νήσῳ transmitido por los Mss. y Π¹⁶: sin duda Apolonio alude aquí a la «isla de Ártemis», donde se encuentra lógicamente su templo. En IV 680, un pasaje cosmogónico de inspiración empedoclea, se adopta la conjetura αἰνυμένου de Wilamowitz frente al nom. -μένη de los Mss., traduciendo así: «cuando aún [la tierra] no se había condensado en demasía por efecto del aire reseco / ni tampoco por los rayos solamente del sol abrasador que se lleva la humedad»; pero el sentido del *textus receptus* parece claro: en aquellos tiempos primordiales la tierra aún no se había condensado (πιληθείσα) ni había absorbido la humedad (ικμάδῃ αἰ-

υμείνη). Por último, en IV 1178 se traduce «bajo el cual [Alcínoo] *las gentes / de su pueblo* habían sido objeto en la ciudad de rectas sentencias», alterándose sin necesidad con Láscaris el πολλοί transmitido por los Mss. en λαοί.

A pesar de estas discrepancias en cuestiones de detalle, la traducción castellana que del poema nos ofrece M. Pérez López es filológicamente rigurosa y correcta, con una constante y encomiable preocupación por servir a la literalidad y al estilo siempre difícil del texto original. Esta edición aporta así al panorama editorial hispánico un interesante eslabón en la cadena de las ya excelentes versiones del poema helenístico a cargo de C. García Gual (Editora Nacional, 1975), M. Brioso (Cátedra, 1986) y M. Valverde (Gredos, 1996).

JOSÉ GUILLERMO MONTES CALA

OVIDI, *Amors*. Traducció de Jordi Parramon. Barcelona, Eds. dels Quaderns Crema, «Biblioteca Mínima» núm. 85, 2000, 133 págs.

Después del *opus magnum* que constituye la pulcra traducción en hexámetros de las *Metamorfosis* (1996) y del variado refinamiento para adaptar los metros de Catulo (1999), Jordi Parramon vuelve a sorprendernos con esta excelente traducción, ahora en dísticos elegíacos, de las *iuvenilia* ovidianas, los tres libros de *Amores*. Estos cincuenta poemas de fingido y profundo amor, dedicados a Corinna (un nombre que encierra tras de sí un *senhal*, como sucediera en los trovadores) han tenido, como admiradores incondicionales, entre otros, a Marlowe (que los tradujo hacia 1597) y a Shakespeare (para quien Ovidio era el poeta clásico preferido).

Toda traducción —solía repetir Miquel Dolç— es una lucha y, a la vez, un noble acto de servidumbre. En este punto, Parramon reproduce no ya el tono melancólico que impregna todas estas composiciones sino el metro mismo, adaptando la base acentual de la lengua catalana a la prosodia latina. Después de su experiencia acrisolada con los hexámetros de las *Metamorfosis*, observamos ahora cómo ha superado nuevamente las dificultades que entraña el pentámetro, sobre todo en la tercera y cuarta sílabas acentuadas, contiguas y marcadas por cesura. Precedentes de elegías en catalán los hay, ciertamente: desde las *Elegies de Bierville* de Carles Riba (1942) a *Helena amada* (1993) de Miquel Pérez i Sánchez. Ahora bien, tengamos en cuenta que ante la obra de Ovidio nos encontramos con mayores refinamientos por sus habilidades lingüísticas y métricas. No queriendo traicionar al poeta de Sulmona acallando algunas de sus peculiaridades, a la pericia del traductor cabe añadir el hecho de que, en esta modélica versión, los pentámetros acaban en palabras bisílabas, tal como sucede en el original. Será preciso incorporar, por tanto, este nuevo éxito en la recreación de los metros clásicos a la obra poética de la literatura catalana.

RAMÓN TORNÉ TEIXIDÓ